

UNA ERA HA MUERTO;
OTRA ESTA NACIENDO

E. ANTONIO DE MOYA

A Miguel Domínguez,
Georgilio Mella Chavier,
Héctor Estades, y
Fernando Silié Gatón

Aun antes de prescribir, de diseñar un futuro,
de decir lo que hay que hacer, aun antes
de exhortar o solamente alertar,
el pensamiento, al borde de su existencia,
desde su forma más matinal, es en sí
una acción, un acto peligroso.
Michel Foucault, *Las palabras y las cosas*.

La Orientación Psicológica, tierna como aún es en nuestra tierra, está llamada a desempeñar un papel preponderante en la formación de nuestro Pueblo en los próximos años. Estamos asistiendo, en este último cuarto de siglo del Milenio, por un lado, al funeral de una civilización que está a punto de emplear todo su poder autodestructor para imponer una legitimidad perdida, y por otro al nacimiento de un nuevo orden de cosas, en que la supervivencia del Planeta, si no ya de la especie humana, se convierte en el eje central del pensamiento social. Las visiones apocalípticas de las utopías antiutópicas tecnocráticas -Fahrenheit 451, 1984, Walden II- y de los movimientos religiosos del Juicio Final, chocan de frente con el impulso vitalista de nuevas generaciones que identifican el pensar con el actuar, que estiman que nunca antes el pasado fue tan inútil, que saben que la injusticia es factura de hombres, y que están dispuestos a demostrar que hoy todo es posible: que de lo concreto real se puede pasar, a través de la acción, a lo concreto pensado.

Nuestro país, como parte de nuestra Isla marginada, pateada y virada, ha vivido de manera tangencial los cambios que han estado ocurriendo en el mundo en las últimas décadas. El régimen del "petty little dictator" (como le llamaban algunos asesores políticos norteamericanos) Joaquín Balaguer, castró a partir de 1966, como imposición del rejuego de dominación imperialista, el desarrollo de nuestra sociedad que recién comenzaba a despertar de una larga pesadilla de cinco décadas. A comienzos de siglo, a pesar de la constante sucesión de familias con intereses comerciales rivales en las estructuras de poder, nuestra sociedad, o al menos la clase gobernante como clase, se caracterizaba por cierto nivel de producción cultural que la mantenía al día en cuanto a los avances que se efectuaban en otras latitudes.

A partir de 1930, el flujo de información hacia el país, y nuestra comunicación con otras sociedades, fueron sometidos a cánones estrictos de filtración y censura ideológica, produciendo paulatinamente lo que algunos han llamado con cierto resentimiento y tal vez con alguna razón, una actitud "aldeana" en nuestros dirigentes. Durante treinta años de oscuridad, se escinde la sociedad con el falso problema de nuestros orígenes y nuestra identidad ("racial") cultural, utilizando al pueblo haitiano como "enemigo común" capaz de cohesionar en una mitología única al conglomerado nacional, para drenarlo de su propio poder social. Esto, por supuesto, es la táctica por excelencia del "racismo culturalista" de corte fascista que inicia Peña Batlle, secunda Balaguer y pretenden continuar sus seguidores P. R. Thompson, Hector Pérez Reyes y Ramón E. Jiménez hijo, entre otros.

Hacia el interior de un pueblo poliétnico redefinido como "blanco, español y católico", se impone en base al autoritarismo militarista del régimen de Rafael L. Trujillo una ideología patriarcal anacrónica, con sus componentes centrales de sumisión a la autoridad, individualismo y machismo. La deformación del pueblo dominicano estaría consumada ya hacia 1955, pero afortunadamente los proyectos de dominación están todos condenados al fracaso, puesto que nunca llegan a cambiar la praxis cultural de un pueblo. Detienen momentáneamente la Historia, pero sólo para que la sociedad tome conciencia de sí misma y continúe tensado su arco hacia el futuro. La cultura popular dominicana, con sus deformaciones ideológicas incluidas, se adapta y acomoda a las nuevas situaciones, pero, sobre todo resiste el embate de la tiranía contra sus formas solidarias de interacción. Se ha escrito bastante, por ejemplo, sobre la crueldad de la matanza de haitianos y sus causas en 1937, pero se ha investigado poco sobre la protección que ofreció nuestra ciudadanía en el Cibao a estos seres desdichados. Las prácticas de mantenimiento de la salud física y mental, asimismo, prohibidas a la ciudadanía por el trujillato (aunque no para sus se-

guidores), fuera de su sistema explícito de atención y vigilancia, han sobrevivido a los aparatos de coerción del Estado, y han continuado su existencia, aun debilitadas y estigmatizadas, hasta nuestros días.

La sociabilidad y el deseo de libertad de nuestro pueblo hicieron eclosión tras la sustitución del sátrapa, entre 1961 y 1966, pero los intentos por canalizar constructivamente estas fuerzas fueron ahogadas por una represión que infiltró los hogares y asesinó a nuestros dirigentes casi desde su adolescencia.

Durante los doce años subsiguientes, el estado de cosas se mantiene inalterado para la vasta mayoría de la población, en base al apoyo del imperialismo norteamericano, la complicidad de los sectores conservadores de la Iglesia Católica, la división de los grupos de poder a través de la competencia en la corrupción, y el asesinato de los líderes más lúcidos del movimiento revolucionario, aprovechando la aparente incapacidad de éstos para unir sus fuerzas. El régimen de Balaguer se sostuvo en el poder en virtud de un estilo que describe con acierto García Márquez en el Otoño del Patriarca: el anciano dictador era más fuerte que todos sus generales separados, pero más débil que cualesquiera dos de ellos unidos. De ahí que sea perfectamente comprensible que la corrupción comenzara en las puertas del despacho del mandatario de turno, pues el permitir que cada uno de aquellos tratara de llegar a ser un pequeño trujillo, los mantenía dependientes y leales a su persona en su afán de acaparar poder y riquezas sobre los demás, lo que no es más que la tropicalización del dictum de Nicolás Maquiavelo para los Estados corruptos: Divide y vencerás.

La esencia del estilo de gobierno que podríamos denominar "trujillismo generalizado" ha llegado relativamente intacta hasta nuestros días como un anacronismo. Los aspirantes a caudillos proliferan por doquier, sostenidos por una minúscula membresía formada por aduladores cuyo único futuro es acceder a algún cargo público o disfrutar de alguna prebenda irregular que legitime su delirio de poder.

La crisis mundial que afecta a nuestros países, nos encuentra desprovistos de una tradición de mando que sea capaz de galvanizar la opinión pública hacia algún proyecto de gobierno mediante el cual el pueblo recupere la confianza en sus gobernantes y su creencia en un futuro mejor. Sin proyecto político, sin estrategia de gobierno, nuestro país se encuentra hoy en un estado similar al de la España Boba, sumido en el hambre y en la confusión, desmoralizado y desesperanzado, frente a un vacío total de poder, padeciendo escaramuzas pseudo-políticas de grupos de intereses, oyendo a sus antiguos líderes amenazarse con entrarse a escupitajos o

llamándose babosos entre sí, perdida ya la fe en los partidos políticos como posibles agentes de cambio social. Por parte de muchos sectores populares, lamentablemente, se observa una avidez por la gregariedad banal que ofrecen los medios de incomunicación social y los espectáculos orgiásticos de masas. En otras palabras, nuestra sociedad se halla hoy, como producto de su experiencia política de los últimos cincuenta años, extraviada en un valle, en un estado de inercia general, o de difusión colectiva de la responsabilidad, de la cual es preciso sacudirse. El modelo de dominación trujillista-balaguerista se ha agotado, y la historia nos desafía a todos a buscar un camino más verdadero por otra vía.

Vistas así las cosas, convendría ubicarnos en un nivel de análisis que estuviera a tono con nuestro quehacer como posibles orientadores de la acción de nuestra sociedad a partir del sistema educativo. Es decir, del nivel de análisis psicológico macrosocial debemos movernos a un plano microsocia! en el cual podamos desplegar los conocimientos y destrezas que hemos ido adquiriendo a través de nuestra formación y experiencia como profesionales de la psicología o la orientación.

Voy a posponer por esta vez hacer una consideración sobre la formación de nuestros psicólogos y orientadores en nuestras universidades, ya que habría demasiada tela por dónde cortar. Desde la psicología pastoral, pasando por el psicometrismo escolar masificado, a la orientación microgrupal, vemos desde lejos muchos celajes de mistificación y legitimación del orden establecido. Un análisis de contenido del material bibliográfico de nuestros programas formativos y de servicios, seguramente podrá revelar más de un sesgo ideologizante en las perspectivas metodológicas, y posibles intentos de imponer definiciones únicas de la realidad social a nuestros educandos.

Suponiendo que como profesionales estamos en capacidad para prevenir o manejar éticamente la mayoría de las situaciones que nos presenta el estudiantado en nuestro trabajo cotidiano, cabría preguntarnos hasta qué punto somos suficientemente críticos de lo que hemos aprendido, o hasta qué punto nos convertimos en repetidores automáticos de esos materiales, dejando insatisfechos tanto al orientador como al orientado.

Desde la década del 60, nuestros colegas se han venido preguntando sobre su razón de ser, y se han visto obligados a tomar partido en uno de dos bandos: 1) los que se consideran defensores de una moral única o agentes de control social, y 2) los que prefieren nadar contra la corriente, como agentes de cambio social. Los que no han tomado posiciones, pueden haber permanecido en la profesión ignorando el carácter político de sus servi-

cios, y tácticamente justificando el status quo en base a una práctica supuestamente "apolítica". Esto quiere decir que la orientación psicológica tiene un carácter político, en el sentido amplio de la palabra, pues desde la entrevista diagnóstica hasta el cierre de un caso, nuestra intervención estará matizada por la ideología de nuestro contexto social, y tendrá consecuencias previsibles en el comportamiento de algún ser humano. Entonces, el dilema consiste en optar por: 1) mantener las cosas como están, orientando al estudiante a adaptarse en la realidad que lo enmarca, o 2) asumir una postura crítica, ayudando al estudiante a encontrar nuevos espacios para transformar esa realidad.

Rol de la Orientación Psicológica en el Sistema Educativo

La corta historia de la Orientación en nuestro país ofrece muestras fehacientes de un continuo cuestionamiento sobre la idoneidad de nuestras teorías para lograr un impacto positivo en quienes reciben nuestros servicios. La celebración anual de encuentros científicos, y la temática de la Orientación Grupal que se analiza actualmente son la mejor prueba de la búsqueda profesional por servir mejor a nuestra sociedad.

Un sentimiento de relativa insatisfacción con nosotros mismos por el trabajo que realizamos, si comparamos éste con las necesidades reales de quienes reciben nuestros servicios, es una actitud saludable que permite hacer un pronóstico favorable sobre nuestra acción futura. La búsqueda de la relevancia de nuestra práctica para las necesidades del sistema educativo y de la sociedad no puede ser postergada más, si aceptamos que un mundo conceptual se ha derrumbado y es necesario construir otro superior.

Sin pretender ser un conocedor en la materia, me atrevería a afirmar que la inserción paulatina de la Orientación en el sistema educativo, como toda innovación, ha tenido que ir venciendo innumerables resistencias que muchas veces tienden a desmoralizar al orientador o al psicólogo, y hacerlo sentir que sus esfuerzos son fútiles o que sólo ponen paliativos a situaciones complejas que escapan a su control. Sin embargo, el terreno que se ha ido conquistando palmo a palmo, es un excelente indicador de avances no sólo conceptuales, sino también metodológicos, en los cuales la realidad va siendo aprehendida de manera más cabal, de forma que el Orientador de hoy es seguramente menos ingenuo que el de hace diez años. La realidad social ha cambiado, y con ella se han hecho evidentes los cambios necesarios en la óptica de los servicios profesionales.

Tal vez ya no baste una perspectiva en la que el orientador sólo establezca una relación bipersonal con el estudiante indi-

vidual, y ocasionalmente con sus padres que pueden estar o desvinculados o sobrevinculados con los estudios y el futuro de sus hijos. Quizá también el enfoque psicométrico y el llamado desarrollo de la personalidad individual sean iniciativas históricas de la Orientación que hoy resulten insuficientes. La ordenación jerárquica de los estudiantes en base a sus rasgos de personalidad, por ejemplo, no sólo puede tener efectos nocivos en la autoestima y el comportamiento del sujeto como función de una definición de la persona como mejor o peor respecto de alguna característica asociada con la disciplina escolar o su ajuste personal, sino que se ha demostrado que la personalidad tiene muy poco valor predictivo sobre lo que el individuo ha de hacer en un momento determinado. Recordemos aquí que el observador y el actor tienen dos psicologías diferentes: el observador tiende a explicar la conducta del actor en base a rasgos o disposiciones de personalidad relativamente fijas, mientras el actor tiende a explicar su comportamiento en base a la situación en que se hallaba al emitir el acto.

Es posible que parte de la Orientación Psicológica haya reproducido inintencionalmente muchos de los valores de una clase dominante a la que por lo regular no pertenecen los estudiantes, particularmente si el Orientador no tiene una vivencia concreta de la situación socioeconómica, familiar y comunitaria que viven los estudiantes, pudiendo crear en ellos expectativas laborales que probablemente no puedan llenar en una sociedad de clases, a pesar de sus talentos, motivación y esfuerzos. Si éste fuera el caso, la Orientación deberá cuestionarse hasta qué punto reproduce el paternalismo y la creencia en el ascenso individual en la sociedad como fuente de cambio social.

Si bien el Orientador ha logrado hasta ahora en muchos planteles educativos crear un espacio legítimo en su relación con el estudiante, no menos cierto es que ambos forman parte de un sistema más amplio que es el ambiente escolar. En éste existen otros componentes que interactúan a su vez con el orientador y el estudiante: otros estudiantes, los maestros, los empleados, los funcionarios, y la escuela en sí como instalación. En la periferia de este sistema se encuentran la familia y la comunidad a que pertenece el estudiante. Y aun todo este conjunto es sólo parte de un sistema más amplio, el sistema educativo, con sus diversos planteles y organización administrativa.

Tras la II Guerra Mundial, la psicología científica ha venido ampliando sus niveles de análisis de la realidad, añadiendo al estudio e intervención intrasíquico individual, los niveles grupal, organizacional e institucional, de manera que, uniendo estas instancias, el comportamiento de la persona pueda explicarse y modi-

ficarse atendiendo a las influencias conjuntas de su ambiente global.

Con esta perspectiva, se busca que el Orientador Psicológico asuma funciones de mayor relevancia en el sistema educativo, pues su trabajo no estaría circunscrito a la atención directa a los estudiantes ya sea a nivel individual o de pequeños grupos, sino que también sería un elemento clave en la orientación del personal docente y administrativo de su plantel, y podría extender su influencia a las comunidades mismas en que habitan los estudiantes, y en última instancia, al sistema educativo como una totalidad.

Debo reconocer que si la labor del Orientador encuentra escollos en su fase actual, los obstáculos futuros no serán necesariamente menores. Sin embargo, un análisis sistémico de la situación en que se desempeña podría arrojar luz sobre los focos de resistencia a vencer para mejorar el sistema educativo.

Si el análisis sobre la situación política que hicimos en la introducción tiene validez, entonces podría seguirse que la precariedad en recursos que se esgrime en casi todos los niveles de decisión de nuestro país es más una racionalización o excusa para justificar la inercia en que vivimos, que una realidad autoevidente. Y no es que sea falso que ciertos recursos estén escasos, sino que en pocas ocasiones nos atrevemos a pensar qué podemos hacer con lo que tenemos. Juan Marconi solía decir que el trabajo de salud mental se hace con lápiz, papel y saliva, y diría yo, que si los dos primeros no aparecen, la Palabra, nuestra herramienta por excelencia, deberá ser suficiente.

Entiendo, por supuesto, que este tipo de orientación entraña un cambio de actitudes de parte del Orientador hacia su trabajo, que tendría que ser visto como una forma elegida libremente de realización personal al servicio del estudiantado y del sistema educativo. Esto implicaría abandonar lo que se ha llamado la "psicología del empleado público" o la ley del menor esfuerzo, y la adopción de una mística de trabajo en que la Orientación no se asuma como un rol segmentado, sino como una vivencia total.

Desde el rol que ocupa el orientador o el psicólogo, podrían empezar a modelarse cambios trascendentes en la educación formal e informal dominicana. Hacia arriba, ayudando a los maestros y a los directores de las escuelas a aumentar su eficiencia y efectividad, devolviéndoles el sentido de que uniéndose pueden tener, con los recursos de que disponen, principalmente los humanos, un impacto significativo en la comunidad escolar. Un trabajo donde se definan y persigan metas comunes no sólo resultaría en un fortalecimiento de la labor educativa, sino que serviría como modelo para otros planteles. Hacia abajo, sería imprescindible aprehender

en su máxima extensión e intensidad las vivencias cotidianas de los estudiantes, sus culturas, acercarse a ellos como personas totales fuera de sus "roles" de estudiantes, y empezar a aprender de ellos cómo perciben y viven la vida. En la interacción orientador-estudiante, si ambos se aferran a sus roles, podemos encontrar que ellos "representan" esos papeles como forma de control manipulativo sin involucración de sus conciencias, como dicen Berger & Luckmann en **La Construcción Social de la Realidad**. De lo que probablemente resultará que los interactuantes no sólo jueguen a ser lo que se supone que **no son**, sino que jueguen a **ser** lo que se supone que son.

Traigo esto a colación, pues en sociedades como la nuestra, y particularmente después de haber visto lo que ha sido nuestro acontecer histórico, no dudamos de la existencia generalizada de una "asimetría socialmente disimulada" entre la biografía "pública" (escolar) y la "privada", como dicen los autores anteriores, que puede tener como consecuencia que se desarrolle lo que Nietzsche llamó el "arte de la desconfianza" como mecanismo de supervivencia, con su secuela de inautenticidad en la interacción social.

Esta inautenticidad, fruto del temor a ser reprimidos en sus manifestaciones, afecta al ser social dominicano en todos los niveles, y la escuela puede muy bien fomentar una escisión consciente en el comportamiento del individuo, que en la escuela sería un tipo de persona, y en otros ambientes otro. Se trata entonces de acercar esos mundos, para reducir la desconfianza, la inautenticidad y la hipocresía.

Habíamos señalado al principio que nuestra sociedad atraviesa por una etapa de vacío total de poder, donde todos dejan la iniciativa a los demás y nadie asume responsabilidades o funciones de liderazgo. Dijimos también que el Orientador, por su vocación y formación estaría destinado a ser uno de los motores del cambio social y cultural en esta coyuntura histórica.

La impresión que dan las programaciones de la labor de orientación en las escuelas, es que todo debe girar en torno al edificio constituido como el "bunker" o territorio donde las figuras de autoridad controlan la situación. Los estudiantes, sus padres, y aun la comunidad deben organizarse en torno a la escuela como centro de poder. Pero, ¿y si pensáramos en invertir el proceso y hacer que la escuela, y como parte de ella, el orientador, extendieran sus servicios a las comunidades locales, como una forma de ellos mismos aprender, y poder orientar a estudiantes, padres y comunidad en su ambiente natural? La idea que parece predominar en los programas de orientación es la de formar "ciudadanos activos", lo que es excelente, pero desde la escuela, no desde la cotidianidad de los estudiantes.

Sabemos que el movimiento juvenil organizado se encuentra hoy altamente debilitado. Los clubes culturales, recreativos y deportivos han perdido mucho terreno en la orientación de la juventud, tal vez por una falta de detección, formación y promoción de líderes nuevos que comprendan y hayan experimentado los cambios ocurridos en nuestra sociedad en los últimos diez años. Estas organizaciones, que en un momento de nuestra historia aglutinaron lo mejor de nuestra juventud, se encuentran en su mayoría desbandadas o paralizadas por inercia, y no ofrecen el atractivo suficiente para nuclear grupos importantes de jóvenes ávidos de participación social. Al mismo tiempo, las pandillas juveniles, tal vez como contra-cultura, florecen y proliferan en nuestros barrios más combativos, en la mayoría de los casos buscando evasiones simples al tedio y la desesperanza.

¿Por qué entonces debe centrarse toda la actividad de organización en torno a la escuela, y no repensarse la acción orientadora en términos de trabajo comunitario, que a la vez que mantiene al estudiante en su ambiente puede devolverle el sentido de poder social para realizar acciones que redunden en beneficio de su propia gente, a la vez que lo va formando como futuro dirigente de sus comunidades? ¿Por qué no revitalizar el movimiento clubístico con los recursos humanos del sistema educativo, por qué no organizar a los jóvenes afiliados a las pandillas en torno a un proyecto de concientización y acción cultural, que responda a las verdaderas necesidades de afiliación, producción económica y recreación de esos sectores? En fin, que la idea sería extender los servicios de orientación a la comunidad para contribuir a su organización, en vez de buscar que los jóvenes acudan a un recinto educativo donde probablemente sientan que las discrepancias entre su mundo y el de la escuela puede hacerlos pasibles de manipulaciones a las que no necesariamente desean exponerse.

Uno de los aspectos que menos se han trabajado científicamente en nuestro país es el del tiempo de ocio de la juventud. El tiempo libre es un ámbito privilegiado, como señala Ezequiel Ander-Egg (*Metodología y práctica de la animación sociocultural*, 1984), para las tareas de orientación, puesto que puede promover actividades mediante las cuales es posible satisfacer las necesidades y aspiraciones de la gente más allá de su esfera de trabajo o estudio. Dentro y fuera de la escuela, la orientación debe contribuir como instrumento socio pedagógico, a llenar el tiempo libre.

Junto a un equipo multidisciplinario de profesionales y científicos sociales y de la salud hemos preparado un proyecto piloto para enseñar a grupos de maestros pioneros a aprovechar al máximo su tiempo libre a través de sus vacaciones. La premisa de la cual parte nuestro equipo es que el dominicano no toma vaca-

ciones, y si las toma las desperdicia en actividades que no contribuyen ni a su reposición vital ni a aumentar su acervo cultural y su creatividad. Comenzando con los educadores, queremos demostrar que la autodisciplina adquirida en vacaciones culturales programadas no sólo redundaría en una mayor salud física y mental del individuo, y se generalizaría a su vida cotidiana, sino que los que se benefician de este servicio podrán servir como multiplicadores de nuevos conocimientos y destrezas tanto a nivel de sus familias como de sus estudiantes, y de éstos a su comunidad. Lo importante de esto es que la lógica de aprovechar el tiempo de ocio para educarnos y ser más libres es perfectamente aplicable al trabajo cotidiano del Orientador en el sistema educativo.

Un modelo de acción para la orientación educativa

Una perspectiva relativamente poco conocida a nivel de la Psicología en nuestro ámbito, pero con una firme tradición en los países europeos y latinoamericanos, es la "Animación Socio-Cultural", reintroducida en América Latina entre otros por Ezequiel Ander-Egg. Los planteamientos de esta escuela de pensamiento y acción, a mi entender, parecen ser los candidatos naturales para infundir una nueva visión y una nueva metodología de trabajo a la Orientación en nuestro país.

Para Ander-Egg, la animación sociocultural es

Un conjunto de técnicas sociales que, basadas en una pedagogía participativa, tiene por finalidad promover prácticas y actividades voluntarias que con la participación activa de la gente se desarrollan en el seno de un grupo o comunidad determinadas, y se manifiestan en los diferentes ámbitos de las actividades socioculturales que procuran el desarrollo de la calidad de la vida.

Lo sustancial, dice Ander-Egg, es que el pueblo sea capaz de expresar sus propios valores enraizados en su condición histórico-existencial y de adquirir la formación fundamental que lo capacite para asumir un rol protagónico en la vida social, cultural, económica y política.

En la misma dirección, Carlos Núñez (*Algunas reflexiones en torno a la educación y la cultura popular*, 1981), sostiene que lo que pretende la animación sociocultural es descubrir las formas prácticas de enseñar a los sectores populares a estructurar, expresar y dinamizar sus experiencias y su pensamiento, dentro de un "proceso de recuperación crítica de los auténticos valores del pueblo y la devolución sistemática de los mismos al pueblo y por el pueblo".

La participación de los estudiantes, ya sea dentro o fuera de la escuela, en el estudio y la programación de las actividades socioculturales es crucial. Esta tiene como objetivos, 1) aumentar

la capacidad de los participantes para analizar su situación como personas en un colectivo dentro de una realidad más amplia, interpretada críticamente, y para sentirse responsables de su configuración; 2) aumentar la capacidad de organización para ir con otros defendiendo sus intereses, programar acciones personales y colectivas en un proceso de cambio; y 3) realizar acciones que transformen las condiciones de vida, a la vez que se participa en el nacimiento de nuevas relaciones sociales y humanas alternativas.

Conclusión

Para cerrar este trabajo deseo enfatizar algunos de los puntos centrales del mismo. El análisis de nuestra situación histórica como pueblo nos revela que estamos atravesando una etapa de desgaste en la cual las antiguas soluciones a los problemas han perdido vigencia, y que nos encontramos frente a un vacío de poder y una inercia que como orientadores podemos contribuir a superar a fin de restablecer una continuidad histórica perdida.

Esto supone crear una nueva mística de trabajo en la cual el orientador mantenga un contacto vital con el estudiantado y los demás componentes del sistema educativo, para reducir sus prejuicios y la barrera cultural que puede existir entre ellos y los recipientes de sus servicios. La formación universitaria que reciben el orientador y el psicólogo debe ser analizada con profundidad en términos de su pertenencia a las situaciones concretas que debe ayudar a resolver el profesional en su trabajo. Es preciso igualmente, ser cautos frente al riesgo de ideologizar los problemas de los estudiantes en base a preconcepciones que pueden no ser útiles para la solución de sus problemas.

Hemos planteado asimismo la necesidad de extender los niveles de análisis e intervención a los planos organizacional e institucional del sistema educativo, como una forma de imprimirles mayor dinamismo y una conciencia creciente de la imperiosa necesidad de asumir responsabilidades para hacer las transformaciones necesarias en la educación dominicana. Se ha sugerido también la posibilidad de extender las actividades de orientación a nivel extramural, es decir, al plano comunitario, para fortalecer la formación como líderes de nuestros recursos bisoños, y devolver a la juventud su sentido de poder para hacer su mundo más acorde con sus necesidades.

En fin, ha llegado la hora de dar el tiro de gracia al trujillismo y su secuela de desconfianza, autoritarismo, sexismo y racismo, haciendo surgir con nuestra praxis cotidiana una Psicología de la Liberación, que contribuya significativamente a hacer de nuestro pueblo protagonista de su propia historia.

ANEXO

EDUCA EDUCADOR, ORIENTA ORIENTADOR

... que siempre quedará alguna cosa.

Si la orientación es sólo una coartada para

la falta de medios
la falta de equipo
la falta de créditos
la falta de orientadores

si es sólo un amortiguador de las fuerzas contradictorias
que sacuden las escuelas, fábricas y ciudades, el
tiempo del trabajo y el tiempo de ocio;

si es sólo una obra piadosa para desempolvar las buenas
acciones, sólo un rito de protesta y sumisión;

si es solamente tierra en los ojos, o droga maravillosa
en las manos de un peligroso charlatán de feria;

o un calmante para regenerar el tejido social
con ejercicios cotidianos de protesta y sumisión;

o un talismán para conjurar la ansiedad del asfalto y el
cemento y exorcizar la angustia del campo alucinado en
el verano;

si sólo es el nuevo opio del pueblo,
un subproducto del marketing comercial y electoral
y un contrato de confusión ideológica;

si es la chica para todo de la ideología dominante,
si es una forma de huir hacia adelante en el espacio y
en el tiempo;

si es pura charla psicológica, psicosociológica, sociopedagógica,
psicopedagógica, almacén de retales, psicosocioterapéuticos,

es sólo la propina destinada a dorar la píldora de
todas las culturas oficiales,

si es sólo -finalmente- una tentativa de reapropiación
simbólica del tiempo, del espacio, del gesto, de la
acción y la palabra,

entonces no nos interesa;

no queremos un Valium para una sociedad ansiosa.

PERO ...

Si la orientación permite ver más claro entre la confusión,
aclarar el paisaje,
encontrar el camino;

si ayuda a disipar la mistificación de la orientación-trampa
para tontos; si permite superar el dilema "adaptación o
contestación"

la alternativa "sumisión o subversión"
la contradicción "integración o revolución",

si permite ver más allá del visor de la cámara;

si permite reivindicar en lugar de protestar o contestar;

si permite la organización en lugar del culebreo

si permite actuar en lugar de agitarse,

Entonces

la orientación tiene un gran día por delante:
será

(aunque no sea lo único ni lo más importante)

la levadura de una masa que se levanta,

y los orientadores llegaremos con la masa.

Peuple et Culture

traducción y adaptación de Carlos Peralta

readaptación de E.A. de Moya